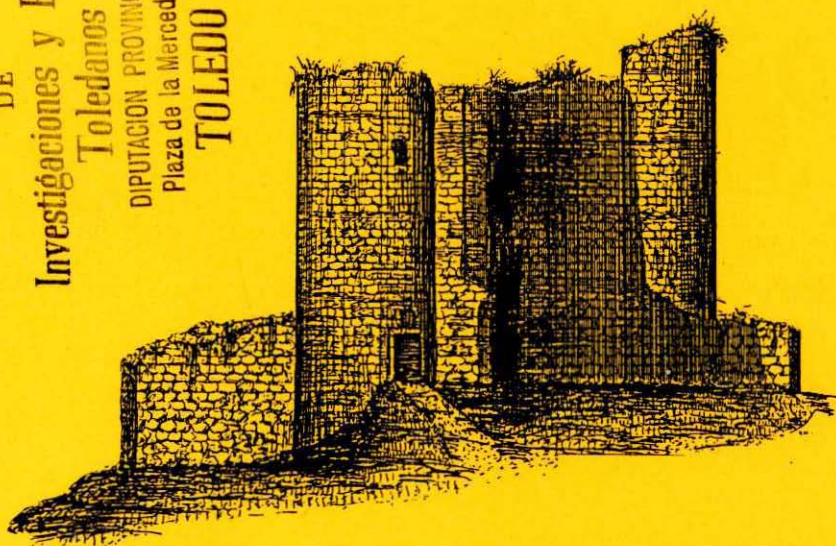


Ttemas **toledanos**

Instituto Provincial
DE
Investigaciones y Estudios
Toledanos
DIPUTACION PROVINCIAL
Plaza de la Merced, 4
TOLEDO



38 el castillo de consuegra

j.carlos fdez-layos de mier

i.p.i.e.t.

diputacion prov. ♣ toledo

**Temas
toledanos**

director de la colección

Julio Porres Martín - Cleto

consejo de redacción

**Ricardo Izquierdo Benito, José Gómez - Menor Fuentes
Ventura Leblic García y Juan Sánchez Sánchez**

colaboradores

**José María Calvo Cirujano, Rafael del Cerro Malagón
Fernando Martínez Gil e Isidro Sánchez Sánchez**

dirección artística e ilustraciones

José Luis Ruz

Administración

**I.P.I.E.T.
Diputación Provincial
Plza. de la Merced, 4. Telf. 22 52 00
TOLEDO**

T. T. 38

Juan Carlos Fernández-Layos de Mier

EL CASTILLO DE CONSUEGRA

Publicaciones del I.P.I.E.T.

Serie VI. Temas Toledanos.

Cubierta: Castillo de Consuegra.

Depósito Legal: TO. 940/1984

ISBN: 84-00-05725-2

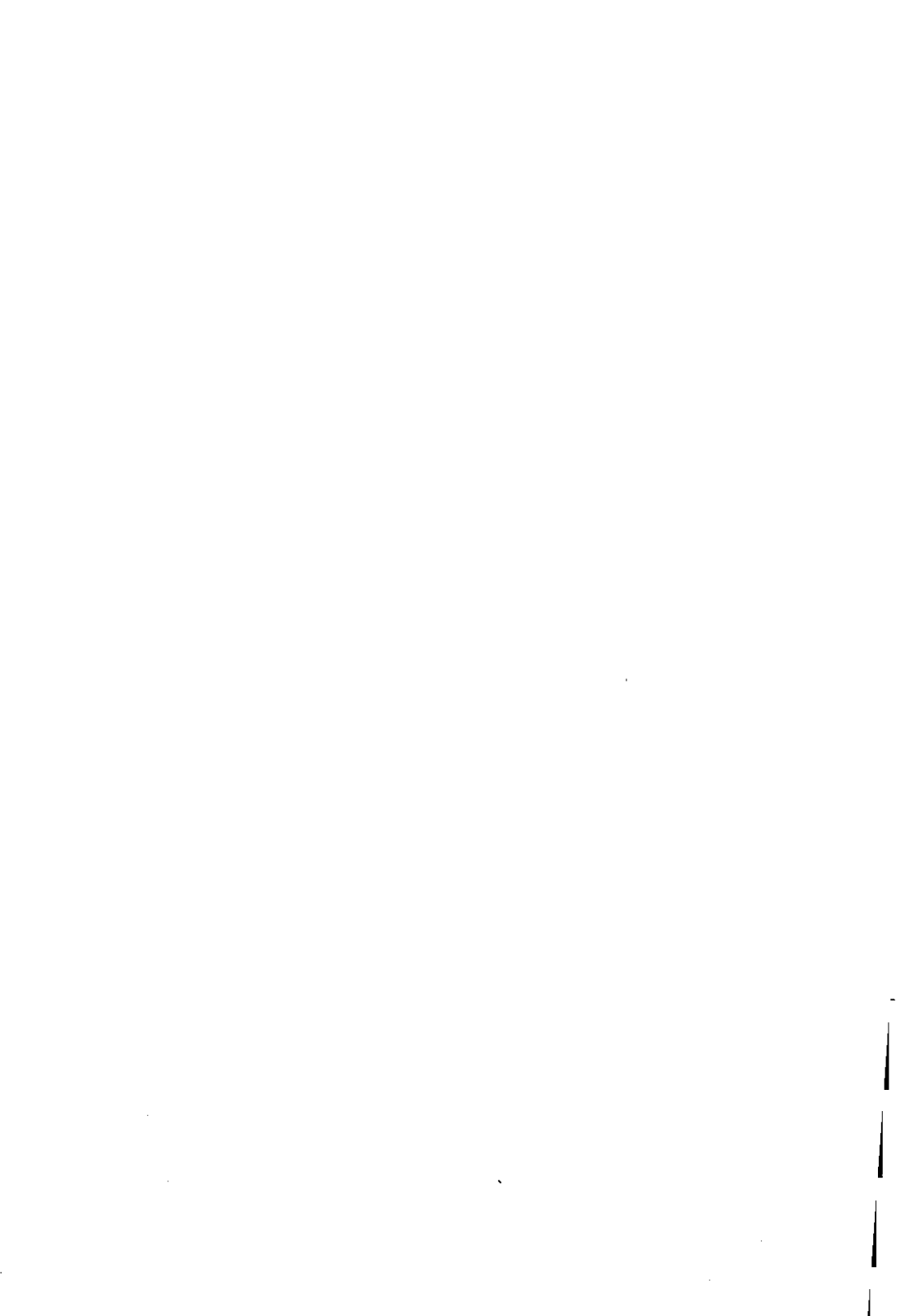
Imprime: Ediciones Toledo, S.L.

**INSTITUTO PROVINCIAL DE INVESTIGACIONES
Y ESTUDIOS TOLEDANOS**

Juan Carlos Fernández-Layos de Mier

EL CASTILLO DE CONSUEGRA

**Toledo
Diputación Provincial
1984**



INTRODUCCION

Este pequeño volumen no pretende ser la breve historia de una fortaleza, donde se añoren viejas glorias y maravillosas leyendas que nos hagan rememorar los tiempos pasados con una aureola de grandeza, muy lejos de la realidad. Su aspecto y dimensiones, incluso hoy en ruinas, hacen posible la evocación de todo este tipo de ensoñaciones. Pero la verdad en la mayoría de los casos difiere bastante aunque no por ello carece de belleza.

Debemos elevar al conjunto a la dignidad que merece y apreciar en los lienzos de sus caídos muros, si no el nacimiento de esta población, sí su mantenimiento a lo largo de los belicosos siglos del medievo. Cabeza de conquista fija, clave de la defensa de Toledo en un primer momento y núcleo repoblador, organizador y sede prioral, que otorgó entidad propia a esta tierra en una segunda etapa.

Sin él, firme baluarte del pasado, hubiese sido muy difícil explicar el fenómeno de la reconquista en la zona, y más aún el desarrollo de la repoblación en la comarca. De él dependieron áreas sumamente extensas que fueron base y origen de ciudades. Esta es, más que ninguna otra, la faceta por destacar de su pasado, ya que como consecuencia de su actividad reguladora a lo largo de los siglos, permitió que se mantuviera en pie y evolucionara, al contrario de lo sucedido en otros casos, donde la conclusión de los tiempos de conquista y conflictos medievales, hizo perder la razón de ser a muchas de estas fortalezas.

Por todo ello, aquí trato de hacer un estudio algo diferente en el que partiendo del estado actual del castillo después de la campaña de desescombros de 1983, con un importante avance en el

conocimiento de algunas dependencias, remontarnos en el tiempo y ver la evolución del conjunto, sus diferentes fases de construcción y las diversas donaciones recibidas, no sólo con la finalidad del mantenimiento del recinto, sino a la vez con la intención de darle nuevas características.

Todo ello se ha unido, a la vez, con los aniversarios más importantes que ha celebrado Consuegra en sus últimas décadas. El noveno centenario de la probable conquista de la ciudad por Alfonso VI en 1083, y el octavo de la donación del castillo a la Orden de San Juan de Jerusalén, por orden de Alfonso VIII.

Desde estas páginas, mi pequeño homenaje a nuestra fortaleza, símbolo de una tierra.

I.- EVOLUCION A LO LARGO DEL TIEMPO.

Más que una civilización, los castillos son la expresión de una tierra, de un pueblo, a través de los tiempos.

J.B. Devauges.

Los castillos son como islotes de soledad en medio de la vida que deshace sus ondas a distancia. . . adentrarse en ellos es como remontar el tiempo a contrapelo, herir por la espalda los días que pasaron.

Federico Muelas.

La imagen que ofrece hoy la fortaleza es el fiel exponente de una profunda transformación gradual. Nació con el único sentido y finalidad de ser reducto inexpugnable y bastión defensivo. Fue un objetivo fundamentalmente militar y de naturaleza muy concreta, actuando como plataforma de amparo o de conquista, capaz de negar la entrada o cerrar el paso a los enemigos, creando en su interior un espacio habitable y seguro que sirvió de base a diferentes operaciones bélicas. Desarrolló esta faceta durante los siglos XI, XII y principios del XIII, hasta la celebración de la batalla de

Las Navas de Tolosa en 1212, momento en el que concluye la reconquista para nuestra tierra. Durante este tiempo, la historia de la ciudad de Consuegra fue la de su castillo; sin él, hubiese sido impensable el crecimiento, no sólo de este núcleo urbano, sino el de toda su comarca.

Remontándonos en el tiempo, la tradición mantiene el criterio de un origen romano para la fortaleza; es más, obra en particular de Trajano. El punto de partida de lo que luego será este conjunto amurallado hay que situarlo a la llegada de los árabes en el 711, con el consiguiente hundimiento de la monarquía visigoda y la desaparición de antiguas ciudades en el área central (Segóbriga, Oretum, Consabura, etc.), víctimas sobre todo de las plagas de langosta, muy extendidas a lo largo de la segunda mitad del siglo VI y el primer tercio del VII.

Poco antes de la destrucción del califato cordobés, durante el reinado de Almanzor, se restauraron y construyeron fortalezas a lo largo de la Marca Media. Seguramente durante esta época, el castillo de Consuegra debió sufrir transformaciones importantes, de las que no se han conservado ningún resto, a no ser el trazado imaginario que forma la muralla conocida por "La Centinela", que podría participar de ciertas características del albaçar árabe, especie de recinto exterior a la fortificación. Puede que albergase alguna similitud con la alcazaba; pero todo esto careciendo de algún fragmento de muro que pueda apoyar tal hipótesis.

Desde el siglo X los cristianos se lanzaron decididamente a la reconquista, sobre todo a partir de 1031, con la crisis de Córdoba y la creación de pequeños estados independientes. Los castellanos intensificaron sus ataques y en especial Alfonso VI, que se había propuesto la toma de Toledo, antigua capital del reino visigodo, símbolo de gran importancia política en aquel tiempo.

Antes de esta conquista, ideó un plan de aislamiento para esta ciudad, tomando los castillos de la Marca Media.

"Las fortalezas superpobladas de gentes despavoridas se van pasando al Rey de León. . . Talavera. . . Olmos. . . Consuegra".

Rodericus Ximenii.

Esto ocurría hacia el 1083, dos años antes de la conquista de Toledo. No obstante, este castillo pasaría en la última década del

siglo XI a posesión de Alfonso VI, como dote de la reina Zaida. Pero con la llegada de los almorávides, excepto la antigua capital del reino visigodo, los demás territorios volvieron a manos de los árabes antes de finalizar este siglo.

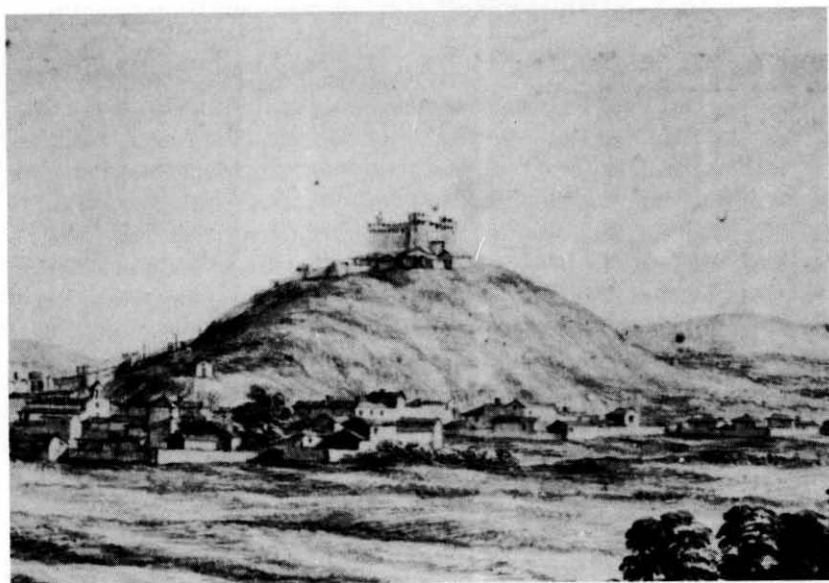
A lo largo de la primera mitad del XII, los enfrentamientos son continuos por estas tierras, y seguramente nuestra fortaleza cambió de dueños incluso más veces de las que hoy conocemos.

En 1150, Alfonso VII donó este castillo a Rodrigo Rodríguez, con la intención, al ser miembro de la nobleza, de dar más seguridad a la posesión. El resultado no fue todo lo deseado, ya que volvió a manos sarracenas, hasta una fecha que hoy desconocemos, seguramente anterior a 1173, momento en el que Alfonso VIII concede a Consuegra el cobro del "portazgo" a todas las reuas que pasen por su término y se encaminen hacia tierras del Segura.

Desde mediados del siglo XII se había fomentado el desarrollo de las Ordenes Militares, cuerpos armados permanentes y especializados con un gran poder de autonomía. Poco después de la definitiva conquista del castillo de Consuegra, el 6 de agosto de 1183, donó a la Orden de San Juan de Jerusalén esta fortaleza con todo su alfoz, amplio territorio que según las fuentes iba "por el arrollo Rianzales, por Lillo, por Villa nueva de bogas, por Mora, por el camino que va de Toledo a Calatrava, por puente seca, por la Calderina, por el canal de grinón al río Guadiana y por el campo de Criptana y vuelve al arrollo Rianzales". En esta actitud se percibía claramente el interés del monarca en poner la comarca bajo los auspicios de una institución extranjera, con el propósito de detener las incursiones almohades con una organización enérgica; pero también para actuar como juez de paz y freno de ambiciones entre dos órdenes nacionales (Santiago y Calatrava) que habían ampliado demasiado sus dominios, con una progresiva emancipación del poder real.

Como dijo el conde de Cedillo:

"Era a la sazón Consuegra y su territorio frontera de moros, quienes aún poseían a Malagón y Calatrava, amenazando desde allí a Toledo y a toda Castilla. Vecindad peligrosa, cuyos empujes solo podían contrarrestar con la existencia de instituciones tan poderosas como la Religión de San Juan. Así, ésta, mediante la



(Fig. 1) La villa de Consuegra en el siglo XVII. Acuarela de Pier María Baldi. Biblioteca Laureniana de Florencia.

posesión de Consuegra y sus vastos dominios, fue a la vez llave y baluarte de España y de la Cristiandad contra los embates del islamismo”.

Una vez libre del peligro moro y cumplida su función estratégica y militar, ordenó la repoblación y reorganización política, económica y social de una zona que desde hacía muchos siglos era denominada con el calificativo de “Tierra de nadie”. Frontera imaginaria que separaba dos mundos, dos conceptos diferentes de vida, la cristiana y la árabe, jugando un papel decisivo en la estabilización de la sociedad medieval y en su organización geopolítica, en la fundación y desarrollo de ciudades y pequeños núcleos de población.

Su recinto fue centro receptor de un gran número de innovaciones y costumbres que fueron tejiendo todo el entorno, y marco de unas normas de convivencia que condicionaron enormemente la evolución de nuestra sociedad.

El Campo de San Juan, como dice Guerrero Ventas, contribuyó al crecimiento de la comarca. Algunas intervenciones de los Hospitalarios en la reconquista, no les apartó de sus explotaciones agrícolas y ganaderas, ni fue obstáculo para que hiciesen del castillo consaburenses un convento-casa-profesa.

La fortaleza que hoy conocemos pertenece a un período comprendido entre el siglo X y la segunda mitad del siglo XIII, época de formación del castillo militar cristiano, con algunas influencias árabes, pero en el que destaca la aportación de nuevos elementos ultrapirenaicos. Con una estructura y forma cerrada sobre sí mismo, que se conoce con el nombre de *Donjon*, elevados siempre sobre lugares estratégicos y dominantes. En un principio, hasta el siglo X, eran de madera y bastante primitivos; con el tiempo se hicieron de piedra, pero siempre manteniendo la planta cuadrada o rectangular.

Pero si, en conjunto, el Donjon era un baluarte difícilmente conquistable, el castillo de Consuegra, como consecuencia de algunas transformaciones realizadas, en especial a finales del siglo XIII, donde se le añadieron la barbacana —especie de recinto exterior destinado a proteger puertas o cualquier zona débil de la fortificación, reforzando y duplicando la defensa principal— y el adarve —coronación de los muros, protegida del exterior por un

parapeto que permite la libre circulación de los defensores— adquirió un aspecto impresionante, al estar ahora dotado de una red de murallas sumamente complicadas que le hicieron mucho más inaccesible, quedando el núcleo de la fortaleza a su vez en el interior de otro conjunto amurallado, que permitía una defensa más cómoda y eficaz.

Del recinto primitivo, trazado, dimensiones o planta, nada podemos afirmar, aunque tenemos constatada su existencia por la cantidad de documentos que nos hablan de hechos históricos acontecidos en dicho espacio. Todo él quedó oculto en las diferentes superposiciones que fueron necesarias realizar, para aumentar el volumen del conjunto ante las nuevas necesidades planteadas.

Confirmando la hipótesis de las distintas fases en la edificación del castillo y las importantes ayudas que fueron necesarias para emprender tal construcción, tenemos documentadas varias donaciones realizadas durante los siglos XII y XIII, con la intención de llevar trabajos de restauración y ampliación en dicha fortaleza. Así, Alfonso VIII en 1200, concedió 30 cahices —que podrían equivaler a unos veinte mil kilos, según Guerrero Ventas— de sal de las salinas de Belinchón. En su testamento (1204) otorgó 2.000 maravedíes anuales, por un decenio, aunque no tenemos la certeza que tuviese el mismo fin que en la ocasión anterior. En 1215 Enrique I, y en 1219 Fernando III, donaron al castillo igual cantidad de sal que Alfonso VIII y, por último, en 1255 el Maestro de la Orden de Santiago otorgó 60 cahices del mismo producto de las salinas de Belinchón.

Pero las obras no se realizaron solamente mientras duraron las donaciones. Al ser más que una mansión amurallada, recibió continuamente una serie de tributos a los que tenía derecho, como era la exportación e importación, las contribuciones o pechos, diezmos y algunos otros bienes. Riqueza fundamentalmente agropecuaria que en ocasiones remedió las necesidades de Rodas o Malta. Pero en especial, para nuestro interés hay que destacar los impuestos a los que tenía derecho el castillo de Consuegra en particular, como “la poya”, cantidad que se pagaba por la utilización del honor común y el “castillaje” o “castillería”, impuesto por el uso de puentes, caminos, etc. Esta recaudación se utilizaba en su totalidad para la conservación y posibles restauraciones en la fortaleza.

Sobre las diferentes obras y fechas de realización en este castillo, muy pocos datos podemos aportar, al carecer de la suficiente documentación para poder saber el proceso evolutivo que siguió hasta su relativa consolidación y las diversas transformaciones que en él se efectuaron, de cara a ofrecer unas mejores condiciones de habitabilidad. No obstante, tenemos algunas noticias referentes a remodelaciones muy concretas y determinadas que por lo menos nos ayudarán a comprender mejor las diferentes partes del conjunto.

Domingo Aguirre nos informa que Fernán Pérez Morejo, Prior de Castilla y León en 1283, hizo la barbacana y los adarves. En 1687 el Prior Francisco Fernández de Escobedo, para su "diversión" cerró la cumbre de la sierra en su zona más próxima al castillo, llenándola de conejos, área conocida desde entonces como el conejar. También en el siglo XVII se realizó la capilla de Nuestra Señora de la Blanca, sustituyendo a la antigua que databa de 1229. No sabemos la ubicación de la primitiva, y de la actual solo pueden contemplarse los arranques de las arquerías en la zona más elevada del castillo, próxima al torreón sur.

Como ya se ha señalado anteriormente, pasados los tiempos de conquista, la vida fue tomando en estos parajes caracteres de normalidad. Se emprendió un proceso repoblador y reorganizador que hizo perder a esta fortaleza su razón de ser defensiva.

Gracias a algunos comentarios y grabados podemos hacernos una idea muy clara de cómo fue este conjunto amurallado en algunos momentos muy determinados que nos ayudarán a comprender su situación en su última etapa.

Pier María Baldí, en el viaje de Cosme de Medicis, casi en el último tercio del siglo XVII, escribió:

"Consuegra es un pobre villorio al pie de una pequeña montaña sobre el que hay un pequeño castillo a la antigua con muros y torres almenadas, más adecuado para servir de vivienda que de defensa. . . en él reside el Prior, no por otra razón que no sea el aire libre y saludable".

Al tiempo dibujaba una vista panorámica de la ciudad (fig. núm. 1). Este tipo de ilustración carece de rigor científico. Aunque es poco real, pueden observarse los tres torreones del castillo que se divisan desde el norte; aparecen perfectamente almenados, y en un estado de conservación inmejorable, "La Centinela" sir-

viendo de refugio a un número muy variado de dependencias y a una curiosa defensa que desciende en línea hasta la misma población. Quiere hacernos recordar a las corachas, serie de torrecillas en fila, unidas por una muralla y que, como ramales o tentáculos nacen en el muro principal y terminan en un obstáculo natural.

Desde luego, este grabado de 1668 tiene muy poco que ver, por no decir nada, con el que realizó un siglo más tarde, en 1769 el alférez Domingo Aguirre (fig. núm. 2). Donde queda recogida todo el ala este de la fortaleza, observándose "La Centinela" en un estado de grave abandono, la barbacana con sus almenas en descomposición, los torreones del lado este y norte, relativamente poco deteriorados, no así el del sur, que manteniendo todavía la arquería de unión con el núcleo del castillo, había perdido su coronación; y por último la ermita, en lo más elevado del conjunto y cubierta por un tejado a dos aguas.

También Aguirre comentó:

"El castillo de Consuegra está situado en las cumbres de unas sierras contiguas a la villa, es de fábrica y construcción moruna, muy cambiado con la recomposición que se le han hecho. . . Hoy está dedicado a María Santísima de la Blanca".

Para concluir, expongo el testimonio de Sebastián Malagón, que visitó la ciudad en 1788:

"Consuegra es hermosa villa. Cabeza del Priorato de San Juan. . . está formada a la falda de un cerro en cuya cima tiene un fuerte, antiguo castillo. . . hasta hace muy poco era residencia de su alteza el S. Gran Prior".

Unido a los grabados, de gran importancia para ver el estado de la fortaleza, los tres comentarios nos proporcionan una documentación sumamente valiosa sobre la evolución del castillo. A mediados del siglo XVII aún se le consideraba apto para vivienda, aunque carecía de las condiciones adecuadas para su posible defensa. En el último tercio del siglo XVIII, aún reconocimiento su "fábrica", y las diferentes recomposiciones realizadas en él, destaca el carácter religioso que se le otorga.

Por último, Sebastián Malagón, a finales del mismo siglo, nos indica y aclara que ya no es ni siquiera residencia del Prior, que ha bajado su vivienda al Palacio Prioral de la Casa de la Tercia, desde donde lleva los asuntos de carácter político y económico. No obstante el archivo sanjuanista siguió en el castillo, por lo que éste no pudo quedar abandonado.

En el siglo XVIII el concepto de monje-soldado había perdido su sentido, debilitado desde finales del siglo XVI, convirtiéndose en un mayorazgo en manos de la Casa Real, donde los bienes fundacionales carecen de la finalidad heredada a través de los tiempos. La decadencia de la Orden en esta época, es el rasgo más importante como antesala del siglo XIX, momento en el que los conflictos bélicos producidos en el castillo de Consuegra a consecuencia de la guerra de la independencia, repercutirán poderosamente en la ruina del conjunto. Este fue tomado por las tropas francesas el 22 de febrero de 1809, ubicando en él una importante guarnición defensiva; pero su resistencia duró poco, ya que en 1813, el ejército español, al mando del General Elio, tomaba la fortaleza.

A mediados de siglo, el castillo y las diferentes propiedades que poseían dejaron de pertenecer a la Orden de San Juan como consecuencia de la Ley General de Desamortización de los bienes eclesiásticos del 29 de julio de 1837, aunque hasta la Concordia de 1851 no quedó definida su expropiación. Desde aquel entonces ha permanecido la vieja ciudadela defensiva en un estado lamentable de ruina y abandono. Veinte años después, gracias al dibujo de Mariano López Sánchez de los lados norte y sur, se aprecia la poderosa construcción de los potentes torreones medio desmantelada, con la pérdida total de su antigua coronación en almenas (fig. núm. 3 y 4).

Por último no quiero terminar este capítulo sin plantear una pregunta, ¿qué fue del archivo sanjuanista? resumen y evolución de su historia, donde se encontraba el testimonio de siglos de trabajo. Desde 1610 se tiene conocimiento de diferentes inventarios para catalogación de lo allí guardado. Según las fuentes del siglo pasado, fue incendiado en gran parte por los franceses, y lo que logró subsistir se trasladó a la iglesia de San Juan Bautista, con tan mala fortuna que la inundación de 1891 debió acabar con los pocos restos que de él se guardaban. No obstante hay que mantener la esperanza de encontrar algún día en los sótanos y pasadizos del castillo aún hoy ocultos, restos de aquella documentación.

En conclusión, este capítulo dedicado a la evolución de la fortaleza a lo largo de su historia, es un pequeño resumen ilustrativo de la fortificación que se alza sobre el cerro Calderico. El castillo de Consuegra no presenta un esquema unitario y lógico don-



A Se muestra principal y subida desde la Villa. B Torre: donde está la sala de justicia. Chorrillo de la izquierda. 2.^a de la blanca. Divertida del exterior. C. Torre: que es el Castillo de los Romanos. T.S. Merolla que corona igualmente por el lado opuesto al de la A. No muestra el tejado.

DEL CASTILLO.

(Fig. 2) El Castillo de Consuegra según Aguirre en 1769.

de puedan apreciarse perfectamente las características típicas de los recintos medievales, sino más bien todo lo contrario, es una obra que conservó algunas peculiaridades de las edificaciones que existieron con anterioridad. Pero en el momento que se decidió, por seguridad, su reedificación con esquemas totalmente nuevos, los restos de muros o la proyección espacial primitiva, quedaron sumidos en cimentaciones desconocidas o sirviendo con su masa a la erección del nuevo recinto. El paso del tiempo fue el causante, en parte, de diferentes transformaciones que cambiaron la estructura conjunta que el edificio albergó al rehacerse. Estas variaciones no tuvieron otra finalidad que adaptar el conjunto a las necesidades del momento, convirtiéndose en una residencia temporal, perdiendo por carecer de importancia y sentido, todas aquellas características vitales para su supervivencia en otro tiempo.

El gran tesoro y riqueza que nos han donado los viejos muros del castillo de Consuegra es una clara adaptación y transformación gradual a siglos diferentes, fenómeno propio de culturas en evolución.

II.- RECORRIDO A TRAVES DE SUS MUROS.

Se alza sobre el cerro Calderico, a pocos metros de la ciudad de Consuegra, de fundación romana, aunque quedan restos en la falda norte de la colina de un poblado celtibérico. Está a 810 m. sobre el nivel del mar y a 100 m. aproximadamente de la población que le contempla. Su localización corresponde a 0° 05' de longitud oeste y 39° 28' de latitud norte, en coordenadas geográficas respecto al meridiano de Greenwich.

Conforme se asciende al cerro, el primer resto de la fortaleza con el que nos encontramos es una muralla conocida con el sobrenombre de "La Centinela", posible y único fragmento del albacar que precedía al conjunto.

Para una mayor comprensión del castillo, se ha dividido en tres recintos diferentes. El primero es toda la muralla exterior. El segundo, la barbacana, el espolón, la torre sur y el paso de ronda. El tercero sería el núcleo central de la fortificación.

Una vez situados en el acceso rehabilitado como entrada (A), (ver plano), podemos apreciar tres pequeños torreones almenados y desiguales, entre los que destaca el situado a naciente por su

bello encintado con sillerejo. Juntos formaban el dispositivo defensivo de la puerta. Separados entre sí por una distancia menor al alcance útil de un arma. Su eficacia es patente, puesto que atacaban por dos lados a un enemigo que solo podía protegerse por uno. Todos ellos están franqueados por una gran variedad de saeteras y una tronera, aunque en los orificios de ese mismo torreón había con anterioridad otras dos más, que cubrían una poterna (puerta estrecha y poco visible con el fin de poder entrar y salir secretamente al exterior) situada en el tambor central, perfectamente adaptado al cometido de imposibilitar la visibilidad de su acceso, defendido por una buhedera (abertura para la defensa vertical, situado dentro de la puerta y combinado con el rastrillo). Toda la entrada forma un ángulo de 90° trazado así con la intención de disimular el paso. Estaba por entero abovedada hasta la salida al segundo recinto, muy estrechamente ligado al conjunto o núcleo de la fortaleza en tres de sus lados, excepto por el sur, donde una amplia meseta origina un extenso espolón.

Hacia el oeste, una potente rampa natural (B) nos comunica con el recinto comentado anteriormente. Pero antes hay que dejar a mano izquierda una bella saetera perfectamente conservada y un torreón medio macizo que defiende la poterna.

Por el este, el paso se encuentra franqueado por dos elevados muros (C) que forman la barbacana y el adarve, realizados a finales del siglo XIII. En esta zona se plantea una incógnita de difícil solución. Según Aguirre, la puerta principal estaba al norte del recinto, como en la actualidad. Pero López Sánchez indica que ésta es la salida al patio de armas, situando la entrada noble en el primer lienzo de muralla, casi enfrente del arco de medio punto que conduce a la rampa. Esta teoría daría sentido a los restos de empalizada que se encuentran en el exterior de la fortaleza, como niveladores del suelo.

Los lienzos de muralla de la barbacana están coronados por unas almenas añadidas en la última restauración, circunstancia que ha creado más de una discusión por pensar que ésta había carecido siempre de tal protección. Gracias a un documento del siglo XVIII se puede afirmar la existencia de almenaje, seguramente desde la fecha de la construcción del recinto.

En el muro interior de la barbacana, aproximadamente en el centro, se abre una puerta (D) con un arco de medio punto que

nos da paso a una rampa-escalera artificial, sobre la original que nos conduce a una explanada donde hoy se sitúan las banderas.

Hasta aquí llegaba una escalera de caracol, procedente de la puerta que conducía al albacar, patio de armas o centinela. Conforme se producía el ascenso, en el lado izquierdo se deja al final de la subida el acceso al tercer recinto (J). En la puerta de los escudos o torreón de nacimiento, se inicia la fortaleza propiamente dicha, reducto infranqueable que constituía el núcleo central del castillo. En la rampa que hasta aquí llegaba se ha descubierto en la campaña de descombre de 1983 restos del muro (F) que contenía el antiguo ascenso hasta el arco principal de entrada.

Continuando hacia el oeste (G), vemos como la muralla exterior se aproxima a la estructura central del castillo, que se adelanta al resto del conjunto gracias al torreón norte. La muralla del primer recinto a esta altura, tiene varias saeteras que cubrían el flanco noroeste. Hacia el sur, se pueden observar en la construcción vestigios cristiano-mudéjares en la torre (H) maciza y en la pared que llega hasta el tambor conocido como el campanario. Esta se divide en dos zonas muy diferenciadas por el tiempo y materiales utilizados. Así, mientras en la parte superior, se aprecia un encintado en cajas de piedra —típico mampuesto toledano de los siglos XIII-XIV— en la inferior, mucho más sencilla, siguen las clásicas hiladas de piedras unidas con cal y arena.

Poco antes de aproximarnos a la meseta que se alza al sur del castillo, se puede apreciar restos de un muro (I), que en el pasado interceptaba la comunicación por bajo entre el espolón y el resto de la fortaleza por el lado de poniente.

Por último llegamos a la zona más ancha de todo el castillo.

Espacio demasiado abierto en relación con el conjunto, que creaba ciertas interrogantes con respecto a su posible utilización. Pero gracias al documento de López Sánchez, se hace más lógica la razón de ser de este espacio, al situar sobre él una noria (fig. núm. 5), aunque el espolón es un perfeccionamiento que nace en el siglo XII y adquiere gran desarrollo en el XIII de cara a reforzar el perfil circular por el lado más vulnerable.

El tercer recinto (J), como ya hemos comentado, es el núcleo de la fortaleza. Consta de una planta más o menos rectangular de 43 m. de longitud por 27 m. de anchura, formada por un muro de mampostería ordinaria, asentada sobre mortero de cal de un metro o

más de espesor. En este área se encuentran gran cantidad de sillares de arenisca, restos de anteriores edificaciones, posiblemente del circo romano, que se reutilizaron en las diversas etapas de crecimiento de la fortaleza. No obstante hay que destacar que no sólo fueron ubicadas de una manera discontinua entre muros, exceptuando las esquinas, si no que tampoco les importó utilizar este material, típico de exteriores, como relleno.

En la parte central de las caras norte, este y oeste, posee enormes cubos adosados de planta semicircular, franqueados por algunas saeteras.

En el estado actual es muy difícil apreciar su posible ordenación. Pero gracias a la estructura de los donjons, podemos hacernos una idea de su composición. Así, en la planta baja, solían estar las caballerizas, rebaños, armería, etc. En la primera planta, los dormitorios y habitaciones de los soldados. En la segunda, los aposentos de los caballeros, salas de reunión, etc. Y por último en la tercera el cerramiento de almenas con las típicas defensas.

Para introducirnos en el conjunto, hay que atravesar la puerta de los escudos, único paso al recinto. A la derecha, se encuentra un potente muro cubierto por cuatro saeteras que protegen esta entrada. El acceso al torreón, restaurado por medio de arcos de medio punto, no guarda relación con la primitiva estructura adintelada. Una vez en su interior, hay una nueva rampa de construcción reciente que taponaba habitáculos descritos en 1871 (fig. núm. 5), como un patio de enlace y algunas otras dependencias. A su vez era interceptada en su tiempo por varios y potentes portones, de los que aún se conservan los huecos de la pared para introducir los espigones y algunas gorroneas —eje sobre el que gira la puerta—.

A la izquierda, una larga estancia restaurada conduce a través de una puerta falseada (K) a un amplio aljibe (A-1). De nuevo en la rampa a la derecha existe una pequeña cavidad perfectamente trabajada de la que ignoramos su significado. Conforme se asciende, aparecen una serie de arcos falsamente restaurados.

Hacia la derecha y a través de otro arco y bóveda de medio cañón se accede a otro aljibe (A-2), peor conservado que el anterior.

En este espacio abovedado aparece incrustado en la pared una imposta visigoda de 31 cm. de largo y 21 cm. de ancho, con los biseles muy pronunciados, buscando la línea de máxima luz y sombra. Presenta molduras convexas unidas con líneas rectas perfectamente enlazadas.

Previa al arco, existe una pequeña estancia (A-3) que era un decantador de los aljibes. Al fondo una habitación, totalmente en ruinas, con muros de ladrillo sobre mampostería y el arranque de su cerramiento abovedado, casi imaginario. Una ventana con arco de medio punto es la pieza más notable del habitáculo.

También en este lado, varios escalones permiten el acceso a otra estancia, encima de la que conducía al primer aljibe. El techo se apoya sobre arcos rebajados, restaurados sin tener en cuenta uno original que queda al norte de la galería. Al fondo y a la derecha, una puerta adintelada conduce a un patio que en otro tiempo debió albergar alguna habitación, ya que aún existen restos del cerramiento y diferentes capas de mampostería que nos hablan de varias etapas a lo largo de su construcción. En el suelo pueden apreciarse los diferentes canales y hendiduras que servían para la recogida del agua, que iba a parar a un aljibe debajo de esta estancia. En la pared del lado Este aún quedan restos de las diferentes conducciones.

A la derecha y en un plano superior de difícil acceso, existe otro aposento prácticamente destruido, con arquería rebajada y dimensiones muy reducidas. Debajo, un nuevo aljibe (A-4) tallado en la misma roca del cerro. Al lado, un pasillo que conserva dos pequeños fustes de columnas con sus basas; uno de mármol y otro de arenisca. Son restos de una construcción anterior, (aunque no sabemos si son originales de este recinto), con caracteres del estilo visigodo, fuste liso y una pequeña moldura, apenas visible en la zona de contacto con el capitel.

Desde este área se contempla el torreón de poniente (T-2), en muy mal estado de conservación.

Hacia el norte, se puede apreciar una estancia rectangular y muy estrecha, con restos de bóveda de medio cañón. Es de una sola planta y destaca por las proporciones en altura que ostenta.

A la derecha se observa el torreón norte (T-1), con su escalera entre muros.

Aproximadamente por el centro del recinto se asciende a la planta superior del torreón de los escudos, y a un pasillo contiguo que estuvo abovedado en su tiempo. En éste se aprecia el crecimiento en altura del castillo, a través de un arco de medio punto empotrado en la pared y superado en una nueva fase de ampliación de la fortaleza. En este pasillo, según Aguirre, se hallaba el archivo sanjuanista. Al fondo y a través de una escalera de ladrillo, se

se accede a la ermita (L), obra del siglo XVII según las fuentes.

Desde una puerta que se abría en el muro sur de la iglesia, podía, a través de una arquería, llegarse a la cuarta planta de la torre cilíndrica que se alza a su lado.

El camino de ronda era parte fundamental de la fortaleza, a través del cual, la guardia realizaba su cometido. Este se divide en dos áreas diferentes. El primero recorre el primer recinto, la muralla exterior, y el segundo, de mayor importancia, seguiría el itinerario de los torreones por un pasillo externo que les comunica, ensanchándose por el Este, gracias a la muralla que les une a la barbacana. En la coronación almenada del tercer recinto, con toda seguridad debió existir otro paso de ronda. Vigilancia a través de todas las estancias superiores del castillo.

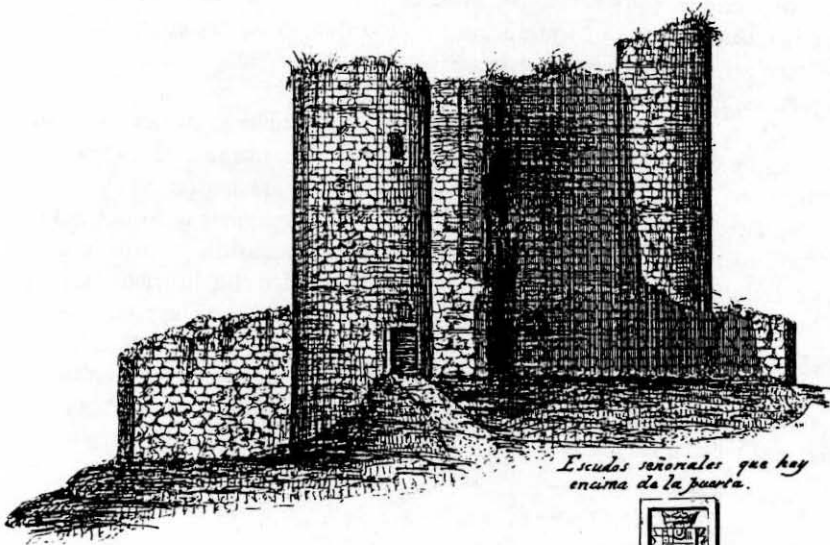
Para concluir este apartado, creo necesario exponer la creencia, muy extendida en esta localidad, de una comunicación subterránea entre la población y la fortificación. De todos es conocida la cantidad de cuevas y pasadizos por la zona central de la ciudad. Esto ha podido influir en la creencia de una posible comunicación por debajo de tierra a través del cerro. Sólo con la intención de aportar un dato más, sin entrar ni salir en el tema, hay que destacar que la Orden de San Juan había mantenido una importante comunidad en Oriente, donde estaba muy extendida la técnica de las galerías subterráneas, para posibles contraataques y poder sorprender al ejército enemigo, o simplemente como salida de emergencia.

III.- SUS DIFERENTES SECCIONES

La Centinela

Por este nombre se conocen los últimos restos de una antigua estancia exterior a la fortaleza que debió utilizarse como patio de armas. Del antiguo recinto, hoy ya solo queda la zona más alejada del conjunto. Una amplia muralla de 203 m. de longitud y 2,50 m. de grosor, al tiempo que presenta en la base del muro, unos inmensos bloques de piedras que recuerdan las estructuras ciclópeas. Entre el material utilizado, generalmente piedra del terreno, destaca el aprovechamiento de sillares y diferentes partes de columnas tanto de arenisca como de granito de anteriores edificaciones. Los

VISTA POR EL LADO N.



*Escudos señoriales que hoy
encima de la puerta.*



Toledo Febrero de 1871.

Escala de 1 a 100.

(Fig. 3) Vista del lado norte del Castillo de Consuegra, según Mariano López Sánchez. 1871.

ángulos de esta muralla fueron reforzados por torreones macizos de los que aún se conservan tres en buen estado. En la parte interior del muro puede apreciarse el inicio de un abovedamiento que posibilita la idea de encontramos ante fragmentos del adarve.

Unidos a la fortaleza, quedan restos de paredes que enlazaban a una línea casi imaginaria de tierra que conduce a la amplia muralla o centinela y que suponía el cerramiento del conjunto del albacar.

Aguirre creyó que todo este conjunto eran “los últimos vestigios del Castillo de los Romanos”. Por lo que muestra en su grabado y a la vez comenta, debía encontrarse en un estado lamentable de ruina, hasta que fue restaurada por el Prior Fernando de Escobedo, que “cerró la cumbre” aunque con una finalidad muy distinta a la puramente militar.

Diferentes y para todos los gustos han sido las opiniones sobre el origen y finalidad de este espacio, pero la mayoría ven en este recinto, el último resto del albacar, como ya he comentado, construcción exterior a la fortaleza y de grandes proporciones, unida a ella a través de una puerta fortificada. En él se alojarían caballerizas y en caso de guerra serviría para refugio de los habitantes de Consuegra.

Dentro de sus grandes dimensiones, cobija los restos de un aljibe, al este del conjunto, perfectamente situado en la vertiente natural de recogida de aguas, de tal manera que albergaría una considerable cantidad durante la época de lluvias. Esta es una reminiscencia más de los recolectores exteriores musulmanes.

Los Torreones

Verdaderos gigantes de piedra, elevados sobre el resto del conjunto, erguidos y aislados, forman un auténtico recinto y baluarte inexpugnable. Son el elemento fundamental de defensa, sobrepasando en altura y solidez a las murallas, que en este castillo eran antecámara y primera línea de bloqueo a las que el enemigo debía enfrentarse. Los torreones fueron a la vez fortaleza y morada, y se construían teniendo en cuenta, más que la comodidad, la seguridad.

En un principio debemos destacar, aunque sea de una forma escueta, las torres macizas. Estas se alzan al oeste del conjunto y

no se reducían a simples testigos de muros o puntos de mira en un área de poca visibilidad, sino que servían como reforzamiento del camino de ronda. En el interior de la fortaleza pueden contemplarse un total de tres, aunque diferentes en su tamaño, composición y sentido. La más importante por sus medidas y ubicación está en la esquina del lado noroeste, dentro del segundo recinto fortificado. Presenta en su parte más baja, oculta hasta hace muy poco, restos de la cubrición exterior primitiva. Un encintado de cajas de piedra, típico del mudéjar-cristiano (filas de piedra colocadas en hilera, separadas por alto y bajo por ladrillos perfectamente ubicados), propio de los siglos XII-XIII. En las esquinas se aprecian fajas de ladrillo articuladas en una doble modalidad de entrante y saliente. El segundo, en el mismo recinto que el anterior, está situado al sur del torreón de poniente, posee menos cuerpo y parece más que nada el nexo de unión de los dos lienzos de muralla que coinciden en este punto. Aunque se encuentra muy deteriorado, aún puede observarse restos de su mampostería primitiva. El tercero, más que una torre maciza, es enlace de los muros del tercer recinto, en el que se aprovechó su tamaño para la colocación de un testigo de vigilancia. Está orientada hacia el sur, perdiendo diámetro conforme toma altura. Su lienzo de cal y arena con piedra se cierra prácticamente en una curvatura total de casi 290°.

Los torreones se elevan aproximadamente alineados, entre 20 y 25 m. oscilación que depende de la nivelación del suelo. Antes de continuar y como nota aclaratoria, el situado al sur, rompe el esquema formado por los otros tres. Este se cierra sobre sí mismo, con caracteres defensivos propios y fácilmente independizable del mismo castillo. Participa de las características de las torres albarranas, totalmente curva y aislada, unida al cuerpo central de la fortaleza en su tiempo, por su arco de medio punto por el que se accede a la ermita, y una puerta que comunicaba con el paso de ronda.

Los demás son unas torres dobles, por su parte más saliente curva y por el lado que se une al resto de la edificación queda cortado por el rectángulo del núcleo central, que a su vez les comunica a través de algunos puntos de enlace.

Estas torres circulares o semi-circulares desarrolladas desde el siglo XII, suceden a las de planta cuadrada o rectangular. Esta nueva técnica triunfará plenamente a lo largo del siglo XIII, ya que conlleva serias mejoras, como la eliminación de ángulos muertos,

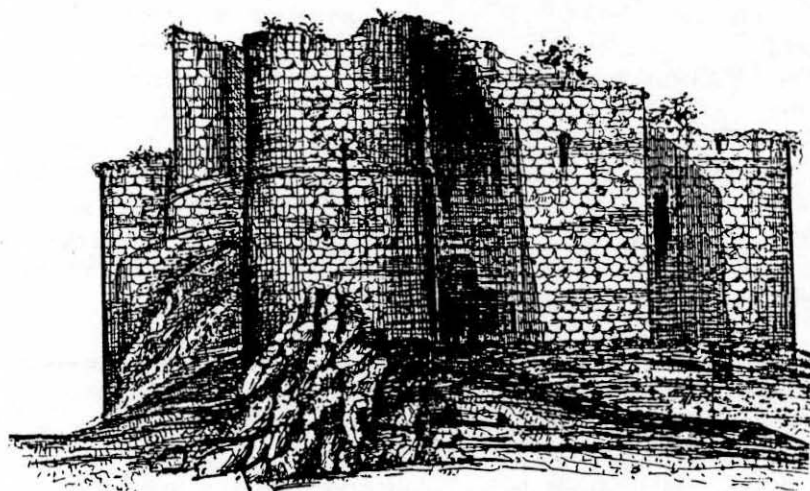
con lo que se facilita la defensa, una mayor resistencia a los impactos de proyectiles, y una menor cantidad de materiales a la hora de su construcción, aunque sobre todo al principio, presentó algunas dificultades técnicas.

Los torreones presentan ciertas características comunes entre sí. El grosor de los muros proporciona una imagen errónea desde el exterior sobre su auténtica capacidad. Su cimentación se alza directamente sobre la roca viva, con enormes bloques de piedra, que recuerdan las construcciones ciclópeas. La conexión de las masas graníticas están realizadas a base de mortero, mezcla de cal y arena que facilita un nexo de unión de gran calidad. Al exterior de los muros se les añadió escoria de hierro, con la intención de reforzar la unión de cal y arena, proporcionando así mayor duración a los lienzos de los torreones, que estaban sometidos a la continua acción erosiva de los agentes atmosféricos. Aún es fácil contemplarlo en algunas zonas más protegidas de la construcción. La inclinación hacia el interior conforme toman altura, está realizada con la intención de ofrecer mayor resistencia y seguridad al conjunto del edificio, evitando así el peligro del posible desplome de las zonas más elevadas. Esta característica aumenta el valor de la obra, ya que descargan los muros el peso en sus propios cimientos, en contra de lo que pudiese pensarse al ver la construcción desde el exterior, donde parece que se apoyan en la estructura central de la fortaleza; los torreones podrían separarse del núcleo central, soportando perfectamente sus cimientos el empuje del resto del tambor.

Esto nos lleva al planteamiento de que los torreones fueron contruidos con posterioridad al rectángulo inicial, en una fase que tendería a ofrecer más seguridad a la hora de su defensa.

Todos estaban abiertos al exterior por enormes ventanales, que en algunos casos, como le ocurre al de los escudos, conservan los restos de un banco pegado a la pared. En el castillo de Consuegra, los matacanes de piedra, desarrollados en Occidente desde el siglo XIII, con el tiempo pudieron dar lugar a los actuales ventanales. También eran recorridos entremuros por escaleras todavía visibles, excepto en el torreón de naciente, que aún no ha podido ser localizada. Estas son estrechas y escabrosas, con el paso suficiente para un hombre. Salvo la que comunica hasta la segunda planta de la torre albarrana, bellamente trabajada en arenisca, las

VISTA POR EL LADO S.



*Mariano
López Sánchez*

(Fig. 4). Vista del lado sur del Castillo de Consuegra, según Mariano López Sánchez. 1871.

demás destacan por el trazado irregular de sus peldaños, reduciéndose en muchas ocasiones a la instalación de enormes bloques toscamente trabajados y más o menos adaptables a este cometido.

Parte fundamental de la defensa era la ubicación de las saeteras, cubriendo accesos y zonas de paso entre el primer y segundo recinto. Destaca de manera especial la estructura primitiva de las aspilleras; varias piedras verticales coronadas por una horizontal que hace de arquitrabe, descargando el peso en los laterales. Apenas se puede hablar de variedad evolutiva, si exceptuamos algunas que aparecen en el torreón sur.

Hoy no podemos afirmar que todos los tambores estuviesen rematados con almenas, pero gracias a un grabado de Aguirre, en el último tercio del siglo XVIII, se confirma la coronación de los lados norte y este, mientras que la torre albarrana carece de todo resto, seguramente perdido con anterioridad. Respecto al situado en poniente, no tenemos ninguna fuente en la que basar una posible argumentación, pero lo más lógico es que también estuviese almenado.

Torreón Norte.

De cara a su estudio, presenta unas características muy particulares, por haber sido abandonado con anterioridad al resto de la fortaleza. Conforme las necesidades de habitación de los habitantes del castillo disminuyeron, se hizo lógico el traslado de la vivienda hacia el mediodía al ser la zona más cálida, con lo que este torreón, perdida su razón de ser natural, es decir, servir de defensa a la rampa de acceso al tercer recinto y a la muralla exterior, quedó desatendido, utilizándose con el tiempo de escombrera.

Tiene, cara al exterior, la típica forma de ábside abierto y sin bóveda. Los muros carecen del imponente grosor del torreón de los escudos, reduciéndose prácticamente a la mitad, 2,55 m.

Posee dos puertas, la primera que comunica con el patio de acceso al tercer recinto, que en el pasado tuvo recubierta de ladrillo la parte exterior del pasadizo, quedando aún hoy en día algunos restos en su base. A lo largo de este pasillo aparece la piedra desnuda unida con cal y arena, formando una pequeña bóveda de cañón, con la particularidad de que en el centro del arqueamiento aproximadamente se abre un vano, tapiado a unos 40 cm.

por un bloque monolítico que sirve de soporte a la escalera entremuros que conduce al segundo cuerpo de saeteras. Tampoco han quedado huellas del nexo de unión entre la explanada del mediodía con el torreón, apareciendo la puerta colgada a una altura de dos metros. La otra comunicación pone en contacto a este conjunto con el oeste, descubierto a lo largo del descombre y excavación de 1983. Conserva por entero los arcos de medio punto, tanto el exterior como el interior de esta estancia, unidos por un pasadizo perfectamente abovedado de 2,07 m. de longitud que conectaba a través de un corredor subterráneo los torreones norte y poniente. Los arcos tienen la misma altura, con la particularidad de ser más estrecho el exterior (57 cm.) que el interior (83 cm.) Todo ello con el sentido y finalidad de poder albergar en su interior la puerta del cerramiento. Esta característica se repite también en el tambor del oeste. El arco exterior conserva las cuatro gorroneas, dos superiores y dos inferiores, que permitían el fraccionamiento de la puerta en dos hojas. Esta es una característica más de tradición árabe, lo que nos habla de una evolución arquitectónica desde la época islámica, que se mantuvo en las construcciones civiles. También se han conservado los orificios laterales que servían para ofrecer mayor seguridad al cierre con el espigón. Este podía introducirse en uno de los taladros casi un metro y medio, mientras que en el otro, apenas si tiene 20 cm., con la intención de manejar con facilidad el madero del cerramiento.

Como hecho significativo quiero destacar la ruptura del ladrillo de coronación del arco exterior, para poder llevar a cabo la finalización de la arquería.

El pasadizo del torreón norte estaba perfectamente taponado con piedras por los dos lados, unidas con cal y arena. El espacio que permanecía en medio se rellenó de tierra.

El torreón tuvo solamente dos plantas con techos muy altos. Las vigas de madera que soportaban el segundo piso, debieron cortarse cuando decidieron dejar de utilizar este recinto, llenándose intencionadamente de escombros con el paso de los siglos.

En la planta baja aún quedan restos de estuco, aunque en muy mal estado de conservación, nos aporta una prueba evidente de las características arábicas del conjunto. Una gruesa adherencia de cal y arena con líneas hendidas dispuestas en zig-zag, que permitían que aquellas agarrasen bien. Este procedimiento es muy utilizado en murallas y viviendas tanto andaluzas como del norte de

Africa entre los siglos XII y XIV, aunque su uso se puso en práctica por primera vez en la arquitectura hispano-romana. Esta mezcla de cal y arena, con algunas muestras de decoración sumamente primitiva aparece en el arco de poniente.

El piso superior conserva algunos listones en la pared, lo que nos hace pensar que estuviese recubierto con una gama importante de azulejos.

En el Este se abre una gran ventana con suelo embaldosado y una escalera muy bien trazada, de un ancho de 65 cm., y un total de ocho peldaños, aproximadamente con 29 cm. de uno a otro. Esta ponía en contacto al torreón con un pasillo, a más de un metro de altura respecto a la puerta que comunica al tambor por el Sur con el resto del conjunto.

Por la forma de la coronación del recinto, puede pensarse que en su tiempo el arranque del cerramiento era abovedado.

Toda la segunda planta estaba perforada por un elevado número de saeteras, hoy taponadas desde el interior de la estancia.

Se llegaba a ellas a través de una escalera entremuros, tapiada seguramente cuando dejó de tener sentido el carácter defensivo del torreón.

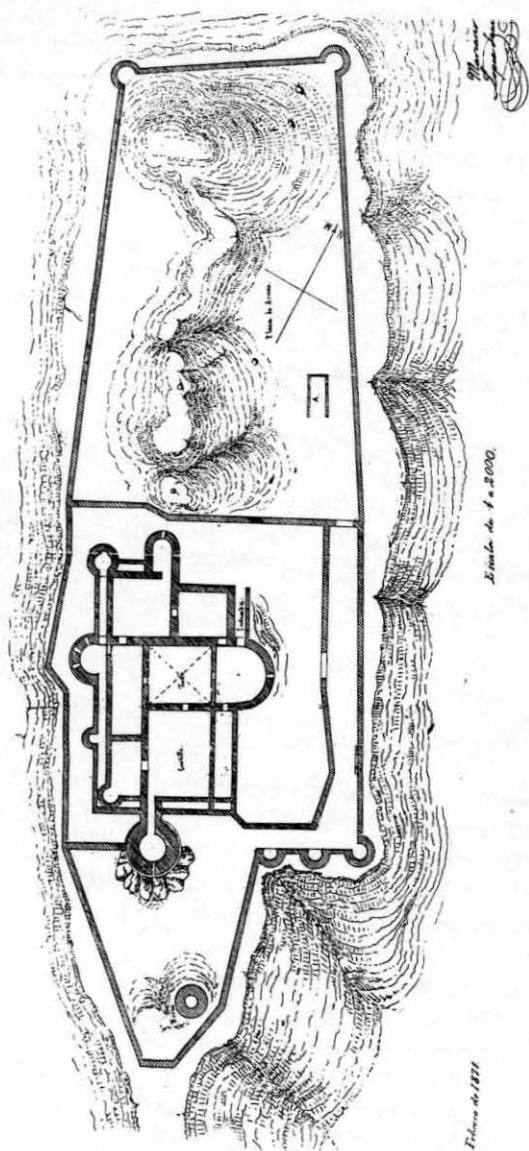
Torreón de Poniente.

Conocido también con el sobrenombre del campanario, carecemos de la documentación precisa para poder afirmar la función de tal construcción.

Es difícil saber la evolución, y más como en este caso, cuando se desconocen sus auténticas proporciones, ocultas bajo una capa de tierra de 5 m., hasta hace muy poco.

Después de la fase de limpieza y una vez alcanzada la cota cero, donde la piedra imposibilita nuevas sorpresas, hemos descubierto las comunicaciones que mantenía con anterioridad a su total obstrucción.

Al norte, a través de un pasadizo de 20 m. de longitud, formando un ángulo de 90° protegido en su esquina por un tambor macizo, se accede al torreón utilizado en su época final como escombrera. Este corredor tiene un ancho que varía entre 1,60 m., y 1 m., dependiendo de lo próximo que se encuentre a las arquerías



(Fig. 5). Plano del Castillo de Consuegra en 1871 según Mariano López Sánchez.

que le dan sentido, donde es más amplio. Puede ser que estuviese cubierto, aunque no sabemos el tipo de material utilizado para este fin, si fue un abovedamiento de argamasa o quizás una cubrición de madera. En un momento indeterminado decidió taponarse sin que hoy sepamos la causa, interrumpiendo para siempre la comunicación a pie de roca natural. Esta galería continuaba hacia el sur, pero de igual manera quedó oculta bajo una serie de pequeñas dependencias que se realizaron para el aprovechamiento del espacio. A estas se accedía a través de una escalera de muy deficiente construcción, piedras sin trabajar unidas con barro y una mezcla de cal y arena.

La conservación de los pasos abovedados mediante los que se comunicaba el torreón de poniente es óptima, influido en gran medida por llevar ocultos varios siglos. El que le pone en contacto con el lado norte tiene una longitud de 2,40 m., con las arquerías de ladrillo desiguales. La exterior tiene 1,70 m. de altura y 79 cm. de anchura. Le falta la coronación del arco, seguramente perdida cuando se decidió el taponamiento de estas galerías, donde la mezcla de ladrillo y piedra se hundió al limpiarlo. Las gorroneas y los vanos por donde se introducía la tranca se han mantenido en buen estado. El arco interior perfectamente coronado tiene 1,76 m. de altura y 1 m. de ancho. Esta arquería, como la que comunica al torreón con el sur del castillo, está perfectamente abovedada, aunque destaca la pérdida de la primera capa de cal y arena, lo que permite que aparezca el soporte de los pasillos y podamos apreciar la estructura de "falsa bóveda" de estas galerías, consistente en disponer unas hiladas de piedras sobre otras ligeramente voladas y en forma de cuña, ejerciendo la presión hacia el exterior, así hasta cerrar el espacio.

La arquería que comunica con el sur del conjunto, es algo más corta, con una longitud de 2,32 m., el arco exterior tiene 1,60 m. de altura y 68 cm. de ancho. El interior, 1,65 m de altura y 96 cm. de anchura.

El suelo original del torreón arranca directamente de la roca viva. Tiene un ancho de 5,43 m. Es significativo que por ahora en las paredes no exista la menor huella que pueda hacernos afirmar la posibilidad de dos plantas. Lo que podría significar que en su tiempo sólo poseía un piso; no obstante es pronto para tal conclusión. Una prueba importante sería encontrar la escalera que comunicase con la planta superior del núcleo de la fortaleza.

En la planta superior existen en la actualidad tres puertas de las que alguna de ellas pudo ser en el pasado ventana, y en la actualidad enlazan directamente con la comunicación central del castillo.

Por último, destacamos la estructura abovedada en cuatro diferentes merlones de bello trazado, muestra patente del importante valor de este recinto en el pasado.

Torreón de Naciente

También es conocido como el de los escudos, al ser estos relieve la característica que más le destaca del conjunto.

Aquí se encuentra el único acceso posible, en su idea primitiva, al recinto interior de la fortaleza. Hoy presenta un arco de medio punto como entrada, falseando la realidad, pues según un dibujo de López Sánchez, en el siglo pasado existía una puerta adintelada. Estaba muy bien protegida, con la intención de poner el mayor número de dificultades al posible agresor. Además del muro que sobresale a la derecha del torreón, franqueado por cuatro saeteras que vigilaban el paso, hay que considerar la forma que ostenta la rampa antigua de acceso al cubo, descubierta en la actuación de 1983. Esta no sigue el itinerario fijado en la antigua restauración, sino uno más escabroso, aumentando y disminuyendo su base regularmente desde su inicio hasta la puerta de los escudos.

La entrada al torreón tiene 5,50 m. de profundidad y 1,35 m. de ancho. A lo largo de su enorme grosor, aparecen muy marcadas tres arquerías con buhederas para el entramado del cerramiento de las diferentes puertas y rastrillos, aunque hoy solamente es visible una. Ignoramos por completo si existiría algún sistema compuesto para elevar los tres rastrillos a la vez, o por el contrario, cada uno de ellos era independiente.

La estructura interior del torreón es totalmente irregular dentro de una forma en principio rectangular. Su espacio habitable es mínimo, deformando de una manera radical la idea que proporciona desde el exterior. Solo a modo de ejemplo, mientras los pasillos norte y sur tienen 5,30 m y 6,30 m. de longitud respectivamente, su habitáculo presente 4,50 m. de lado.

Después de la excavación realizada en su interior han aparecido los restos de dos muros anteriores a la forma actual del tambor.

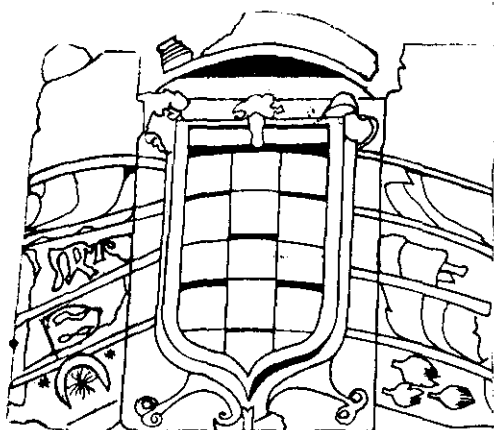
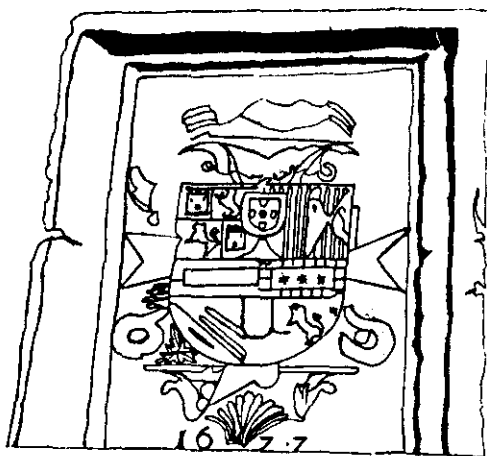
El primero, que en la actualidad ha quedado al descubierto, en el pasado, durante algún tiempo, antes de la existencia del torreón, debió ser un lienzo más de muralla; así lo atestigua su composición, la típica mezcla de cal con arena y la escoria de hierro, fortaleciendo y dando cohesión al compuesto. Como detalle importante aun hoy se puede contemplar la salida de un antiguo desagüe, formado por una teja cóncava que se dirige hacia el interior del conjunto.

En el fondo del torreón, a una profundidad de tres metros, se encuentra un suelo de argamasa que por su dureza, carencia de tiempo y medios no se ha podido investigar. Seguramente debajo de él sólo exista tierra aprisionada, como en alguna otra zona del castillo, actuando como primera capa de cimentación sobre la piedra viva. Pero por el exterior del tambor, muy próximo a la rampa primitiva, una especie de saetera, plantea la duda de una estancia inferior al nivel alcanzado, y que comunicaría con dependencias desconocidas.

El segundo muro cruza hacia el sureste de la habitación, y por formar parte hoy en día del anterior, no se ha podido estudiar más que en su coronación, donde se aprecia, aunque con dificultad, la misma composición de material. Su dimensión real la desconocemos, ya que desaparece en otra dependencia, relativizando demasiado cualquier hipótesis que sobre él se realice.

La primera habitación aparece abovedada, pero si se examinan los restos de argamasa que aún quedan en la esquina norte del recinto, podrá observarse como entre la primera y segunda planta del torreón existió una pequeña cámara, hoy desaparecida, y de la que ignoramos su significado, pero que claramente quedaba oculta entre las dos estancias, accediendo a ella solamente a través de un portillo que se abre en medio del piso superior.

El abovedamiento interior de las torres se desarrolló a partir del siglo XIII, dificultando con ello la antigua vulnerabilidad al fuego de estos recintos. Hasta este momento los pisos estaban separados invariablemente por simples viguerías en las que se apoyaban los suelos. Desde entonces, la techumbre de madera que cubría dichas torres, pudo ser sustituida por una plataforma en la que se estacionaba o circulaba con mayor comodidad la defensa. Esta estructura superior podía incluso soportar grandes ingenios de tiro que eran izados desde el suelo, una vez desmontados, mediante tornos de mano o poleas.



(Fig. 6). Escudos del torreón de nacimiento. El superior de Juan José de Austria. El inferior de los Alvarez de Toledo. (Dibujos realizados por Purificación Costilludo).

Este es el único torreón del que conocemos su cometido. Según Aguirre, aquí estaba situada la Sala Capitular; suponemos que se refiere a la segunda planta, aunque no deja de ser extraño unas dimensiones tan reducidas para reuniones de esa índole. En la estancia superior, a parte de sus inmensos ventanales, hoy es visible la doble serie de ladrillos del cerramiento de la bóveda, construcción perfecta que ha soportado el paso de los siglos sin resquebrajarse.

Los escudos.

Se encuentran superpuestos a la puerta de acceso al conjunto (fig. núm. 6). El superior, fechado en 1677, corresponde a las armas de Juan José de Austria, hijo natural de Felipe IV. Nació en 1629, criado en Ocaña, hasta que fue reconocido públicamente por el rey en 1642, confirmándole los títulos de Infante y Gran Prior de Castilla y León de la Orden de San Juan. A los 18 años fue nombrado general de las tropas que marcharon a Nápoles para contener la rebelión capitaneada por Masaniello. Redujo con rapidez al cabecilla del levantamiento. Después, actuó en Cataluña y Portugal, destacando por su habilidad y destreza. A la muerte de Felipe IV fue acusado de conspirar contra la reina viuda, retirándose entonces a sus dominios de Consuegra, donde amplió el palacio prioral y mandó construir un "campo de juego de pelota, a la francesa".

Tuvo como enemigo al Padre Nithard, hasta que cansado de sus intrigas se dirigió a la Corte con unos 500 hombres y obligó a la reina a firmar el destierro del jesuíta. Con la mayoría de edad de Carlos II, y después de graves enfrentamientos, fue ascendido al gobierno de la nación, muriendo en 1679.

El escudo, por la condición de quien la ostentó, tiene las armas propias de la Casa de Austria. Acolado a una cruz de San Juan y todo ello superpuesto a una cartela que apoya en una barra, bajo la que hay una concha, sin otra misión que servir de decoración. En la parte superior del conjunto quedan los restos de una corona o coronel muy deteriorado.

El inferior, encerrado en una especie de moldura que le enmarca, pertenece a las armas de los Alvarez de Toledo, pero ignoramos a la persona que se refiere en concreto. Conocemos el nom-

bre de cuatro duques de Alba, priores de esta Orden a lo largo de los siglos XIV y XVI, momento en el que el priorato Sanjuanista fue dividido en dos; Castilla con la cabeza en Consuegra, y León en la población de Alcázar, aunque poco después en 1566 se vuelven a unir “por el grande perjuicio que de la división se seguía” en la persona de Antonio Alvarez de Toledo, aunque a su fallecimiento le sucedió su hermano Fernando, fundador del convento de las Carmelitas Descalzas de Consuegra en 1597.

El escudo y los adornos exteriores están tallados en mármol gris, de peor calidad artística y más moderno que el superior. Presenta unos aderezos que pudieran estar inspirados en una cartela. A derecha e izquierda del escudo, un total de ocho banderas con distintos motivos y las puntas hacia abajo en señal de sumisión, por ser estandartes tomados a los moros.

Parece ser que debajo del anterior existió otro más pequeño, aunque desconocemos en la actualidad su paradero, forma y caracteres.

Torreón Sur.

Deparó grandes sorpresas a lo largo de la excavación de 1983, descubriendo su puerta principal y una bella escalera de arenisca. Por su composición pertenece al tipo de torre denominada albarraña, de planta circular, separada en su totalidad de la estructura central de la fortaleza, aunque unido a ella por medio de un arco de medio punto, conservado hasta mediados de este siglo, por el que se accedía a la ermita y a través de la puerta principal que comunicaba con el camino de ronda.

Participa en conjunto de todas las características de los torreones, aunque flanqueado por algunas saeteras más evolucionadas y careciendo —por lo menos en la actualidad— de la escoria de hierro, típica de estos recintos.

Su puerta es de bello trazado, con fragmentos del arranque de arenisca en sus dos arquerías. Aun se conservan las gorroneas del acceso y los huecos por donde se introduciría el espigón del cerramiento. La anchura de la entrada es de 90 cm. El grosor del torreón tiene 2,98 m. y un diámetro total de 6 m.

... Antes del acceso al tambor, a la izquierda de la puerta existe

una escalera muy deficiente de piedras irregulares, unidas con cal y arena. El pasillo de entrada al recinto debía estar elevado sobre un suelo de argamasa de unos 10 cm. Este era de madera y se iniciaba nada más travesar el umbral de la estancia, pues debajo del mismo corría un canal de recogida de agua que se dirigía hacia el centro de la primera habitación del torreón, en el que se hallaba un sumidero de 1 m. de profundidad, excavado en la misma roca y con un canal de ladrillo hacia el sureste, donde desaguaba.

El suelo de esta dependencia fue de madera, por los restos de incendio que se conservan alrededor del muro, elevado a una altura de 40 ó 50 cm. sobre la roca natural. Tres pequeñas ventanas permitían el paso de la luz a este aposento.

En un principio, parece que la primera planta fue abovedada, o por lo menos con el cerramiento combado. Sobre ella nacían otras dos más, pero en algún momento, quizás debido al hundimiento de la cúpula se intercaló otra estancia entre la primera y segunda, con lo que el torreón elevó a cuatro el número de pisos.

A las diferentes plantas se ascendía a través de una bella escalera entremuro de 90 cm. de anchura. Los primeros ocho peldaños de arenisca perfectamente labrada y con algunos símbolos comentados más adelante. Esta conducía a la segunda habitación, en la que parece ser, compartió en algún tiempo una ventana con la parte superior. Desde aquí la escalera cambia de material y composición, construyéndose once peldaños más con piedra del lugar, apenas sin trabajar y unida con cal y arena. El acceso de la tercera a la cuarta planta se realiaba a través de una escalera interior al habitáculo. Desde la última estancia se entraba mediante un arco de medio punto a la ermita. Anterior a este paso, aun quedan restos de una pequeña habitación de dos metros de lado en la que se conservan fragmentos de estuco que nos hablan de su posible decoración interior.

Por último es importante resaltar el sistema de sujección de las diversas plantas. Este consistía en la instalación de una viga de madera, sumamente gruesa, orientada de oeste a este. A ella venían a coincidir otras que nacían en el muro, del mismo material pero de menor tamaño.

Sobre los símbolos referidos con anterioridad, se puede afirmar que son signo lapidarios, también conocidos como marcas de canteros. Figuras más o menos complicadas grabadas a cincel o

buril en la piedra, con poca profundidad y variando el tamaño de una forma irregular. Las figuras son muy diversas y su ubicación y orientación totalmente arbitrarias. El origen de estos signos es muy remoto, siendo utilizados por caldeos y egipcios en los albores de la historia. En tiempos de la arquitectura románica y gótica, su uso se generalizó, pudiendo afirmar que en los siglos X y XI alcanzó gran desarrollo, aunque con formas bastante complicadas, teniendo su época dorada a partir del siglo XII, así hasta el siglo XVI momento en el que disminuye su uso hasta prácticamente desaparecer. En las residencias militares su variedad era grande a la vez que adoptaba formas sumamente caprichosas.

También es importante destacar que los signos de estos conjuntos, pueden inducir a error a la hora de intentar utilizarlos para la clasificación de las diversas etapas constructivas de sus diferentes partes, puesto que se repiten con facilidad en edificios de distinta edad.

Sobre las marcas aparecidas en este castillo (fig. núm. 7), se puede afirmar que su variedad se reduce a cuatro formas desiguales (medio círculo, flechas, cruces y un compás), con unas medidas oscilantes entre los 6 y los 18 cm., aunque el medio círculo posee 22 cm. de diámetro. Podríamos catalogarlos dentro de los signos rectos, todos ellos muy repetidos por su sencilla composición. Solamente aparecen en el torreón sur, coincidiendo el grabado de estos dibujos en la única zona de la fortaleza donde se ha utilizado la piedra arenisca en un fin adecuado para ella.

Creo interesante añadir, aunque sea brevemente y con la intención de ampliar el conocimiento global de estas marcas, el carácter simbólico atribuido con demasiada frecuencia a estos signos.

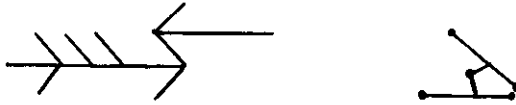
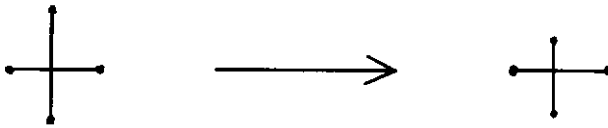
El compás. Es el más destacado de todos ellos, se relaciona con la representación emblemática del ciclo de la creación.

Por su forma enlaza con la letra A, signo del inicio de todas las cosas.

También dicho símbolo representa el sentir masónico, apareciendo con gran asiduidad en sus emblemas.

Las flechas. Se relacionan con la luz del supremo poder. Simbolizan el rayo solar, aunque también tendrían cierta conexión con el acto de la fecundación.

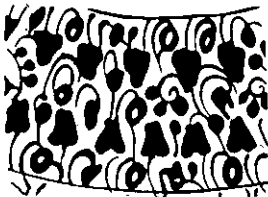
Las cruces. Conllevan una doble faceta, el de la cruz propiamente dicha, y el de la crucifixión o "estar sobre la cruz". En el primer caso, ofrece una derivación dramática con la inversión del



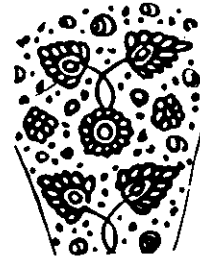
Motivo de la «rosa gótica»
(a)



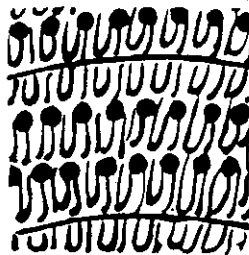
Motivo de la «hoja de cardo»
(b)



«Hojas de hiedra» degeneradas.
(c)



Tema de las «flore-
cillas». Manises,
(d)



(d)

Tema de la «solta»

(Fig. 7). Diferentes marcas de cantero aparecidas en el castillo de Consuegra y varios motivos de la cerámica de Manises de esta fortaleza.

árbol de la vida, actuando como eje del mundo, situada en el centro místico del cosmos. Es el puente o escalera por donde las almas suben hacia Dios. La cruz establece la relación primaria entre los dos mundos (terrestre y celestial). La diferente posición o dimensiones de sus brazos ofrece por lo general un significado diferente.

Aljibes

Son elementos fundamentales e imprescindibles en cualquier castillo. Se caracterizan por presentar una estructura abovedada y rectangular, donde se almacenaba el agua de lluvia caída sobre la fortaleza. Su proceso de canalización y conservación era muy complicado; los primeros días de tormenta se dejaba que esta arrastrase las arenas acumuladas a lo largo del tiempo.

Una vez limpio el recinto exterior, podía iniciarse la recogida del líquido, que antes pasaría por unos decantadores (A-3) que actuarían como depuradores. El agua recorría prácticamente toda la fortaleza a base de canales de cerámica entre-muros, disminuyendo progresivamente hacia su centro de distribución.

El documento más importante que ha llegado hasta nosotros sobre este tipo de recintos, es el testimonio de Aguirre:

“El castillo posee. . . una cisterna muy grande que no se ha conocido jamás sin agua ni corrompida y otra pequeña en la que se suele echar a perder y muchas veces se seca”.

Es muy significativo que sólo hable de dos cisternas, cuando hoy se tiene por tal a tres recintos. Viniendo de una persona que conocía perfectamente la fortaleza, hace factible el planteamiento de la reutilización de algún aljibe como mazmorra, según indica la tradición.

Por lo que se deduce del texto, parece ser que cuando Aguirre habla de la primera cisterna, se refiere al aljibe que mejor se ha conservado (A-I). Es el de mayores dimensiones, con planta rectangular; de 8 x 4,8 m. y una altura máxima de 5,40 m. Está cubierto por una bóveda de medio cañón de ladrillo, sobre la que se abre el hueco para la entrada del agua, y cuatro más pequeños como respiraderos. Las paredes estaban cubiertas de un estucado especial para la conservación del líquido, sobre las que se puede apreciar el rojo original típico de los aljibes musulmanes. Muy próximo a éste,

encontramos otro aljibe (A-4), que pudiera ser el segundo que comenta Aguirre.

Estuvo oculto en su tiempo por una habitación abovedada a la altura del segundo piso. La cisterna es mucho menor que la comentada anteriormente, con la novedad de estar excavada en la roca.

Por último y relativamente alineados con éstos, al final de la rampa, se encuentra otra estancia, que en su tiempo debió ser aljibe (A-2), con las características de los demás, pero con la particularidad de una especie de banco corrido de ladrillo en forma de medio círculo. La tradición siempre le ha identificado con el calabozo del castillo. No sabemos si esta fortaleza tenía habilitado tal espacio en una primera época, pero a lo largo de los siglos XVI y XVII las fuentes nos hablan de los malos tratos recibidos por los presos en las mazmorras del castillo de Consuegra.

Ermita.

Conocemos a través de las fuentes la fecha de construcción de la primitiva, en 1229, pero ignoramos su ubicación. Desde el siglo XIII se había generalizado el uso de pequeñas capillas en forma rectangular y cerrada por un ábside. La actual fue erigida en el siglo XVII en sustitución de la antigua. Se alzaba al sur del castillo, en la zona más elevada del conjunto.

Tiene forma de rectángulo irregular, de 18,80 m. de longitud por 4 m. de ancho.

Los restos que han perdurado se encuentran muy deteriorados, quedando solamente algunas paredes y en muy mal estado de conservación. El suelo fue de madera, apoyado en vigas laterales, dejando debajo del mismo una pequeña cámara de aire de 30 cm. Una capa de cal y arena, hoy de 5 cm., servía de aislante a la masa de tierra aprisionada, típica de las construcciones cristianas. En el centro del recinto se ha realizado una cata de 3 x 3 m., encontrando siempre el mismo piso, que continúa aún varios metros hasta el suelo natural.

Seguramente antes de esta planta, existieron algunas dependencias, que fueron taponadas cuando decidieron alzar esta estancia.

En la pared sur, la piedra del muro interior está recubierta

con una masa de cal, igual que un muro que cruza el recinto sin que sepamos bien su significado.

De la ermita aún hoy se puede contemplar parte de un zócalo grisáceo, unos pequeños estribos laterales sobre los que descansan los nervios de la bóveda y algunos fragmentos de arquerías. En la limpieza del paso de ronda apareció una moldura, sin duda de la ermita; sobre el blanco del compuesto, aparecían pintados en rojo unos semicírculos unidos por una línea recta del mismo color.

La cubrición estaba dividida a dos aguas, en dirección N-S. Fue la última obra de embergadura que se llevó a cabo en este castillo.

El retablo (fig. núm. 8), aunque ya no existe, no deja de carecer de importancia su comentario. Estaba dedicado a Nuestra Señora de la Blanca o Virgen del Castillo, patrona de Consuegra.

Hoy le conocemos gracias a un grabado del siglo XVIII que ha logrado llegar hasta nuestros días. Ubicado en la ermita de la fortaleza, sus dimensiones reales no las sabemos, pero teniendo en cuenta el poco espacio disponible en esta estancia, podemos imaginarnos las proporciones que ostentaría. Contaba con un banco (zona más baja), un cuerpo y un ático. El elemento vertical guardaba el equilibrio con el horizontal, dando al conjunto una gran armonía. En el banco aparecen dos figuras a los lados, en el izquierdo San Juan Bautista y a la derecha una santa o un mártir, difícil de precisar por la complicada visión del grabado. Debajo, dos pequeñas puertas o alhacenas, bien de adorno o para guardar algunos útiles. En el centro, un castillo almenado, sin duda alguna alusión al de esta ciudad. Estaría visto desde el norte, punto donde se apreciaban claramente tres de sus cuatro torreones. En el primer cuerpo hay tres escenas con la base a la misma altura, atrayendo al espectador la central, por ostentar unas dimensiones mucho mayores, realizado con toda intencionalidad, ya que su espacio está ocupado por la imagen de la Virgen de la Blanca.

El traje parece ser de una gran belleza, abierto hacia abajo tan al gusto de la época. La figura parece llevar las manos desnudas, sin niño, situado a sus pies en una hornacina. La corona combina alegremente en sus puntas estrellas con rayos de luz. La imagen estaba acompañada por graciosos querubines y la paloma. Separadas por dos columnas, a su derecha presenta el Nacimiento de Jesús y a la izquierda la Adoración de los Reyes Magos. En el ático, aprovechando en abovedamiento de la nave, aparecen tres momen-



Esta planicie es propiedad de la Parroquia Santa María la Mayor.

VERDADERO RETRATO B
 la Milagrosa Imagen de N.^a S.^a de la BLANCA
 que se venera en el Castillo extramuros
 de la Villa de Consuegra

ESTA IMAGEN FUE TRASLADADA A ESTA PARROQUIA, DE QUIEN PATRONA, EN EL SIGLO DIEZ Y OCHO.

(Fig. 8) Retablo de la ermita del Castillo de Consuegra.

tos de la vida del Señor, separados por cuatro escudos de Castilla y León, símbolo de la cabeza prioral que era Consuegra. De izquierda a derecha: Agonía del Señor en el Monte de los Olivos, la Crucifixión, escena central y principal, y por último una Piedad. Todas las imágenes coronadas por un frontón partido en el centro. Como motivo principal, la cruz sanjuanista cerraba el conjunto.

IV.- MATERIAL ARQUEOLOGICO

A lo largo de la actuación de 1983 han aparecido una gran cantidad de azulejos, cerámica y monedas que son el fiel exponente de la evolución cronológica de sus diferentes moradores. Aquí sólo se ofrece un breve adelanto del material rescatado.

Azulejos.

Se han hallado diseminados a lo largo de todo el conjunto amurallado. Dado el deterioro de la fortaleza y el expolio a que se ha visto sometido, han sido muy pocos y pequeños los fragmentos de azulejos que hemos podido estudiar, destacando unos cuantos en buen estado de conservación que nos han proporcionado las dimensiones originales, 13 cm. de lado y 1 cm. de grosor. La variedad es bastante amplia, con más de diez formas diferentes, lo que nos indica una gama extensa en la decoración interior de la fortaleza.

Destaca entre todos el color azul y algunos juegos de bandas dentro de la misma tonalidad.

También es importante mencionar la única moldura de una ventana o puerta, aparecida en el torreón sur, de una gran belleza plástica, donde resalta el azul y amarillo que cubre una flor central.

Tiene 19 cm. de largo y 5 cm. de ancho en sus dos caras exteriores.

Cerámica.

Como los azulejos, aparece esparcida por todo el castillo. Pe-

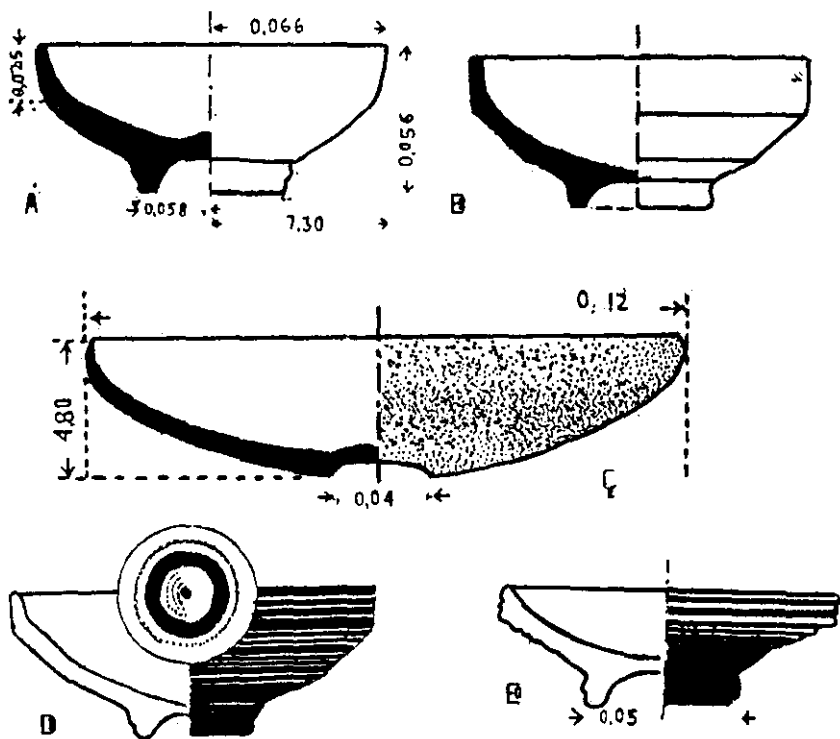
ro donde se ha localizado una gama interesante de cerámica en un estado de deterioro no muy grande y relativamente fácil de reconstruir, ha sido en el torreón norte, abandonado con anterioridad al resto de la fortaleza.

En primer lugar, hay que destacar los numerosos atifles hallados. Estos eran utensilios de barro a manera de trébedes que utilizaban los alfareros, colocándolos entre las piezas, evitando así que se pegasen al cocerse. La aparición de este tipo de útiles, tan típico de los alfares, tiene una gran importancia de cara al planteamiento de la posible existencia de un horno en el castillo.

De los restos más importantes por destacar, están las lucernas árabes, con su cuello elevado, el pico y agujero de luz alargados y un asa más grande que sus predecesoras romanas.

También han aparecido algunas piezas de cerámica denominadas por su decoración, de "cuerda seca", que adquirió un gran apogeo en los hornos mudéjares toledanos a finales del siglo XV.

De suma importancia son los fragmentos hallados de cerámica de Manises (fig. núm. 7). Los motivos decorativos más aparecidos son vegetales y geométricos. Los temas más comunes y repetidos son la llamada "rosa gótica" (a), perteneciente a la última etapa del siglo XV. Está pintada en cobalto o cobalto y oro, y se mezcla con otros motivos, principalmente con "enrejados" y "hojas de cardo" (b), este último también ha aparecido repetidas veces y corresponde cronológicamente al tercer cuarto del siglo XV. Otro tema asiduo, es el denominado "hoja de hiedra". Una de las decoraciones más difundidas es la conocida por "hojas de carrasca" (c), típica de finales del siglo XV, es una variedad degenerada del modelo anterior. Por último hay que comentar unos temas encuadrados entre los años finales del siglo XV y principios del XVI, con esquemas nuevos, tanto en la ornamentación como en las formas y procedimientos decorativos, con olvido de la tradición musulmana y una notable influencia del Renacimiento. En esta época es frecuente el uso de los moldes, con los que la calidad de los objetos es difícilmente superable. Dentro de este grupo podemos destacar los motivos de "florecillas" (d) y la "solfa" (e) última etapa evolutiva de la "hoja de hiedra" y "carrasca". También hay que comentar la decoración de los reversos de platos, cuencos y escudillas. Suelen ser de calidad inferior a los anversos. Los temas que con mayor frecuencia han aparecido han sido los círculos concéntricos, lisos con alguna pequeña letra, de espiral, escudillas gallonadas y platos



(Fig. 9). Diferentes tipos de escudillas.

de solfa. Todos son típicos de finales del siglo XIV y del XV. Entre las formas más frecuentes y comunes está el plato, de solero plano, paredes bajas, casi verticales y ala estrecha, plana y poco inclinada, conocida popularmente con el nombre de brasero. Otra forma muy extendida es la escudilla, pieza cóncava y pequeña, dotada generalmente de una bella decoración.

También hay que comentar otra cerámica muy difundida, me refiero a la escudilla de barro rosa (fig. núm. 9), con un espacio cronológico relativamente extenso y que ha venido fabricándose hasta hace poco tiempo. En nuestro conjunto han aparecido las siguientes formas:

A) Escudilla de barro rosa con baño miel en su interior, el pie o la base muy alto.

B) Escudilla de barro rosa con melado. Los cortes de la boca y de la panza son planos.

C) Escudilla con baño miel en el anverso y el reverso. La base se perfila en forma cóncava y lleva en su interior un botón prominente.

D) Escudilla de barro rosa con múltiples hendiduras en la panza y en la pared vertical de la boca. La base desde el exterior tiene la forma cóncava muy marcada.

E) Escudilla con bordes en la boca y en la parte superior de la panza. La forma cóncava de la base aparece más agudizada en este caso que en los restantes tipos.

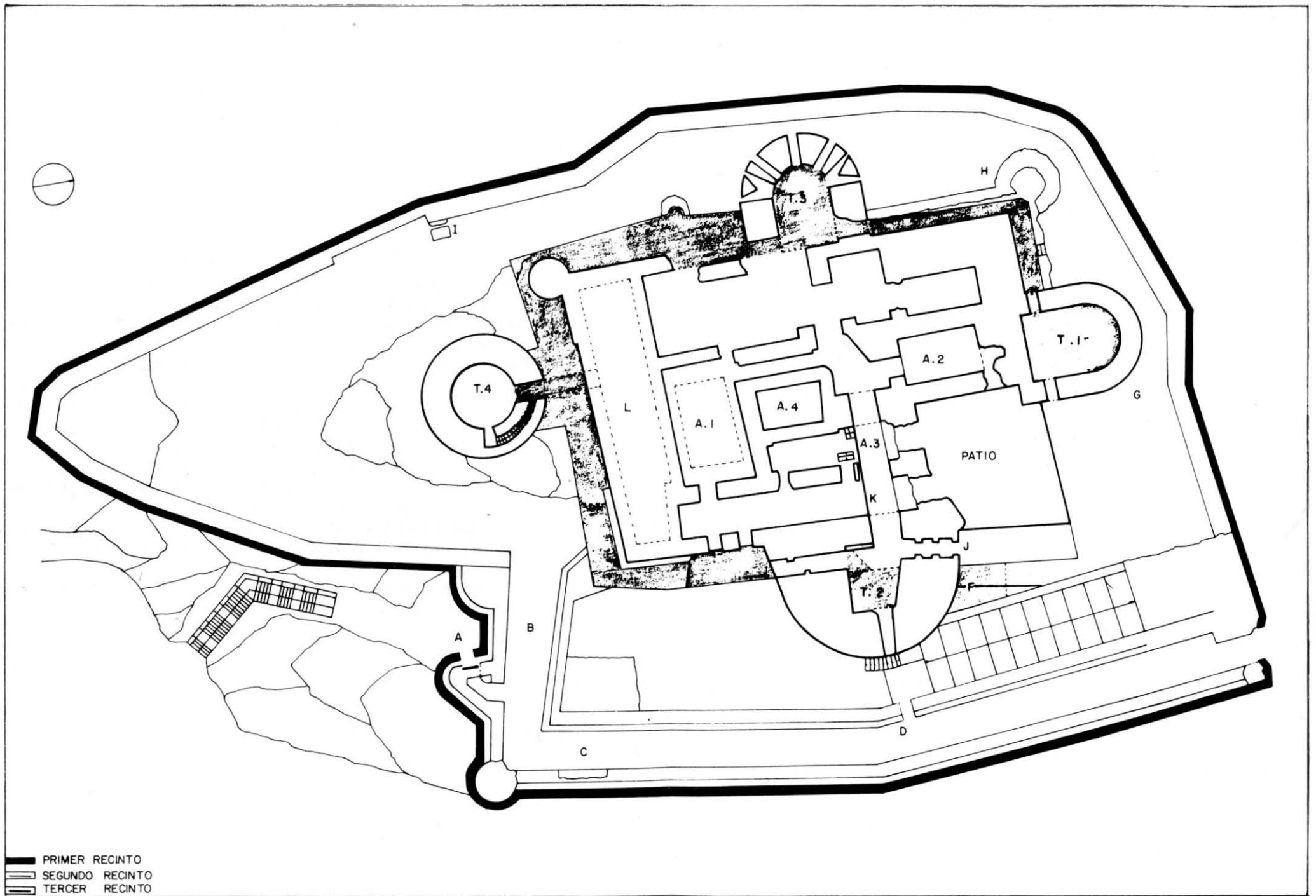
También hay que destacar la gran cantidad de fragmentos donde aparece el botón prominente en la base cóncava del exterior, característica de indudable sabor medieval. Tiene como dimensión máxima 12 ó 13 cm. En muchos de ellos perduran las marcas de los atifles.

Muy esbeltos son los restos de jarros, algunos con baño de miel y el típico pellizco de las vasijas medievales de tradición islámica.

Numismática

Creo importante no dejar de comentar la cantidad y variedad de monedas aparecidas sobre todo en el torreón norte. La mayoría

se encuentran muy deterioradas. El tipo que más se repite, son las de época de Felipe III y IV, aunque se han encontrado dos del tiempo de los Reyes Católicos. Curiosamente también se han hallado romanas, aunque no debe extrañar pues este tipo de moneda se siguió utilizando durante varios siglos después.



(Fig. 10). Plano del castillo de Consuegra, obra de Fernando de Castro López-Villarino. El área oscurecida es la zona de actuación y limpieza a lo largo de la campaña de 1983.

BIBLIOGRAFIA

- AGUIRRE, Domingo. *El Gran Priorato de San Juan de Jerusalén en Consuegra, en 1769*. Toledo. Diputación Provincial. 1973.
- AVILA GRANADOS, J. "El Donjon". *Revista de Arqueología*. Madrid, Número 16. Año 3.
- CASTRO LOPEZ-VILLARINOS, F. "Memoria del Castillo de Consuegra". *Ministerio de Cultura*. Madrid. 1983.
- CEDILLO, Conde de. *Catálogo Monumental de la Provincia de Toledo*. Toledo, Diputación Provincial, 1959.
- CIRLOT, J. *Diccionario de símbolos tradicionales*. Barcelona, 1958.
- DOTOR, J. "Castillos de Toledo". *Revista Geográfica Española*. Madrid. "Dos Castillos Toledanos". *Boletín de la Asociación Española de Amigos de los Castillos*. Madrid, número 36. 1962.
- ESPINOSA Y MARTIN ARTAJÓ. "Corpus de Castillos Medievales de Castilla". *Boletín de la Asociación Española de Amigos de los Castillos*. Bilbao.
- GONZALEZ, J. *El Reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*. Escuela de Estudios Medievales. C.S.I.C. Madrid, 1960. *Repoblación de Castilla La Nueva*. Universidad Complutense. Madrid, 1975.
- GUERRERO VENTAS, P. *El Gran Priorato de San Juan en el Campo de La Mancha*. Toledo, Diputación Provincial. 1969.
- GUITAR, A. "El Castillo de Consuegra". *Boletín de la Asociación Española de Amigos de los Castillos*. Número 17. Madrid, 1957. "Ensayo de Clasificación Regional de los Castillos Españoles". *Boletín de la Asoc. Española de Amigos de los Castillos*.
- JIMENEZ DE GREGORIO, F. "Castillos, Torres y Fortalezas de Toledo y su Provincia en el siglo XVI (1575-1578)" *Boletín de la Asociación Española de Amigos de los Castillos*.

- Diccionario de los Pueblos de Toledo hasta el siglo XVIII*. Toledo, 1962.
- "Los hallazgos arqueológicos de Consuegra acusan el rango céltico, romano y musulmán". *Provincia*. Número 40. 1964.
- JIMENEZ NIETO, J. *El Castillo de Consuegra*. Toledo, Ed. Católica Toledana, 1963.
- LAMPEREZ Y ROMEA, V. *Historia de la Arquitectura Cristiana Española en la Edad Media*. "Según el estudio de los elementos y los monumentos". Tomo I. Madrid, 1908.
- LOPEZ, T. *Diccionario Geográfico de España*. Archivo Biblioteca Nacional. "Manuscrito 7309".
- LLUBIA, L. *Cerámica Medieval Española*. Barcelona, 1973.
- MARIA BALDI, P. "La Villa de Consuegra en el siglo XVII". *Biblioteca Laurenziana de Florencia*.
- MARTINEZ CALVIRO, B. *La loza dorada*. Madrid, 1982.
- MIRANDA CALVO. *La Reconquista de Toledo por Alfonso VI*. Toledo. Instituto de Estudios Visigóticos Mozárabes. 1980.
- MORENO NIETO, L. *La Provincia de Toledo*. Toledo, Diputación Provincial, 1960.
- Diccionario enciclopédico de Toledo y su provincia*. Toledo, 1974.
- PAMO, M. Y SIMANCAS, M. G. "Signos lapidarios del Castillo de Monzón (Huesca) y de la Catedral de Toledo". *Biblioteca de la Academia de la Historia*. Tomo XL. 1902.
- PEREZ-RIOJA. *Diccionario de símbolos y mitos*. Madrid, 1968.
- PORRES MARTIN CLETO. *Los castillos de la Provincia de Toledo*. Toledo, Diputación Provincial, 1980.
- VICENS VIVES. *Manual de la Historia Económica de España*. Barcelona, 1965.

BIOGRAFIA

Juan Carlos Fernández-Layos de Mier nace en Madrid en 1957. Tras el bachillerato, estudia Geografía e Historia en la Universidad Complutense de Madrid, se especializa en Historia Antigua, obteniendo la licenciatura en 1981. En 1983 es elegido Consejero Numerario del I.P.I.E.T.

A parte de sus trabajos sobre la Antigüedad, base de sus investigaciones, en 1982 centra su estudio en Consuegra. Fruto del mismo es el primer volumen de la ciudad. En la actualidad prepara, siguiendo con la misma temática, la Alta Edad Media.

Consecuencia final de los trabajos realizados a lo largo de la campaña de 1983 en el castillo de Consuegra es este Tema Toledano, simbiosis de material de archivo y comprobación arqueológica.

INDICE	Págs.
INTRODUCCION	5
I.- EVOLUCION A LO LARGO DEL TIEMPO	6
II.- RECORRIDO A TRAVES DE SUS MUROS	16
III.- SUS DIFERENTES SECCIONES	21
La Centinela	21
Los Torreones	23
Aljibes	40
Ermita	41
IV.- MATERIAL ARQUEOLOGICO	44
Azulejos	44
Cerámica	44
Numismática	47
BIBLIOGRAFIA	50
BIOGRAFIA	52
INDICE	53



Ultimos títulos publicados:

15. *Toledo y los toledanos en las obras de Cervantes*, por Luis Moreno Nieto y Augusto Geysse.
16. *Poetas toledanos vivos*, por Amador Palacios.
17. *El maestro Jacinto Guerrero*, por Manola Herrejón Nicolás.
18. *El Greco, su época y su obra*, por Rafael J. del Cerro Malagón.
19. *Breve historia de Yepes*, por Tirso Trillo Siaba.
20. *Toros en Toledo y su provincia*, por Francisco López Izquierdo.
21. *Sor Juana de la Cruz, "La Santa Juana"*, por Jesús Gómez López e Inocente García de Andrés.
22. *Comarca de la Jara Toledana*, por Fernando Jiménez de Gregorio.
- 23-24. *Toledo y el Papa*, por Luis Moreno Nieto.
25. *Toledo, puerto de Castilla*, por Julio Porres Martín-Cleto.
26. *Pobreza y Beneficencia en Toledo*, por Hilario Rodríguez de Gracia..
- 27-28. *Notas sobre la historia y geografía de la Sagra*, por Vicente Rodríguez Rodríguez.
29. *La repoblación de Toledo*, por Ricardo Izquierdo Benito.
30. *Santuarios marianos de la provincia de Toledo*, por José Gómez-Menor.



De próxima publicación:

- *Cerámica de Talavera del s. XVI al XVIII*, Angel Ballesteros Gallardo.
- *Romancero Popular Toledano*, por José Manuel Sánchez Miguel.
- EXTRA IV. TOLEDO EN LA LITERATURA, por Luis Moreno Nieto.



